



A AMBOS LADOS DEL TELÓN

Aitor Onaindia Sos

Reparaba el calentador de gas de la cocina de la casa de su futura suegra, y pensaba al mismo tiempo en el detective Morán y en la planificación de la misteriosa trama que envolvería la novela desde casi el inicio del primer capítulo. Morán recibiría el llamado de Sara, con la que no había vuelto a verse desde los años cincuenta, y la citaría en Chefes, a las once. Pero tras esperar durante dos horas en el restaurante en el que se habían citado, seguiría aquélla sin aparecer.

Entonces Morán llamaría al camarero y le anunciaría que se iba, y que si aparecía la señora Nogales, le entregase la nota que había escrito antes de dejar la mesa. Excelente entrada en situación. Pero no se le ocurría nada para después. ¿Dónde situaría a Morán en la siguiente escena?

-Listo -dijo descendiendo por la escalerilla- Esto ya está arreglado.

Tenía una futura suegra que no agradecía ni desagrdecía. Sencillamente no se manifestaba, y eso podía interpretarse de diversas maneras. Era como si en su particular diccionario la palabra "gracias" estuviese borrada o, casi diríase, nunca hubiese sido impresa.

Pero a él le traía sin cuidado en ese momento cualquier (¿merecido?) agradecimiento o desagradecimiento, o una posible recompensa. Su mayor recompensa sería procurar imaginar qué había podido sucederle a Sara y por qué no había acudido a la cita. Para eso tendría que volver la vista atrás en el tiempo, hasta poco después de separarse de Morán, y bucear en su pasado, cuando conoce a su actual marido, un prometedor empresario que se codea con el hampa, y cuando, al cabo de dos años, descubre Sara que está aquél hasta el cuello de mierda. Tendría que narrar detalladamente cada uno de los enfrentamientos verbales que Sara mantuvo con su marido para convencerle de que tenía que abandonar aquellos negocios, cada una de las ocasiones que había tenido que subirse a un estrado en un juicio y pasar un bochorno inenarrable, cada una de las intrusiones policiales o de extraños personajes en su domicilio. Tendría que describir fiel y escrupulosamente las arrugas que la amargura había puesto en su cara, y finalmente recrear las frases de unos documentos de forma tan exacta y minuciosa que pareciesen creíbles, extraídos de la realidad.

Aún le quedaban por cumplir unos cuantos encargos que su futura suegra le había encomendado. Uno era colocar unas baldosas en el suelo de la terraza. Calculó el tiempo que le llevaría esa tarea -unas tres horas- y decidió cumplir primero con las otras. Pintar la sala y cambiar unos enchufes en la habitación que sería,

cuando se casasen, de su novia y de él. Cuando regresara su novia de la oficina, le contaría que había estado concentradísimo resolviendo el pasado, algo turbio, de Morán, y que ya tenía casi pensado que a Sara pudieran haberla matado cuando quería comunicarle algo importante que descubrió en relación con unos documentos de su marido. Razón suficiente ésta para involucrar definitivamente en el caso a Morán, empeñado en luchar contra la corrupción desde sus "meteduras de pata" en el pasado, y que, aunque nunca simpatizó con aquella mujer pese a haber estado a punto de casarse con ella, había resuelto ayudarla. Su novia, entusiasmada, le preguntaría por su trabajo en la pizzería, y si había mantenido finalmente la conversación con su jefe para que le subiese el sueldo, y le contaría que había pasado por una tienda de muebles donde le habían mostrado lo último en cuartos de baño, y él pensaría, eso, hallarían el cadáver de Sara en la bañera de su cuarto de baño, y ella continuaría hablándole de la revolucionaria cama que también le habían mostrado, con airbag y todo, y él la recompensaría con un beso porque esa idea le parecía aún mejor (Sara, desnuda, estrangulada en la cama de un hotel de mala muerte), y le anunciaría que nada más terminase con las tareas encomendadas por su madre se pondría a escribirlo, y ella, extasiada por el beso y el abrazo espontáneos, feliz de verle feliz, le recordaría que esa

noche habían quedado con Ana y Paco para ir a cenar, y todo culminaría con la aparición de su futura suegra dejando caer que si mañana, a la vuelta de sus doce horas en la pizzería, no le importaba acompañarla al supermercado puesto que su hija tenía que meter horas extraordinarias en la oficina, y él, sin responder pero sin negarse, seguiría hablando de Morán durante la cena con los Galván y antes de acostarse para no olvidarse de ningún detalle.

